
I.—CRONICAS Y NOTICIAS GENERALES

El porqué de la integración económica europea

La prensa mundial, tras la reunión del presidente De Gaulle y el canciller Adenauer, ha resaltado una vez más la necesidad de la integración económica europea. Los países de Europa Occidental siguen viviendo en establecimientos estancos, mientras que Estados Unidos ha logrado la unificación de su amplio territorio y de forma acelerada Rusia integra a todos los países satélites de su sistema.

El compartimiento económico es resultado de la falta de visión política que Europa tuvo a finales del siglo pasado, que se exacerbó plenamente en el periodo nacionalista 1931-1939. La negación de la cooperación internacional, la idea autárquica, condujeron a la creación, en la mayor parte de los países europeos, de industrias artificiales, incapaces de funcionar—en un sentido económico—si no es en el seno de un mercado amplísimo. La exigüidad del mercado, determinó el encarecimiento de los productos, en cuanto que las ventajas reales que brinda la utilización de la maquinaria moderna no podrán alcanzarse al no realizarse el «punto muerto» productivo. El encarecimiento de las «nuevas industrias» fué, por lo general, aún más caro, por haber sido montadas a través de organismos estatales, que, por definición, administran mal, pues confunden lo económico con lo político.

Lo cierto es que Europa, al no haber sabido en la encrucijada trágica de principios del siglo renunciar a un localismo, pues tal suponen ante las exigencias productivas los nacionalismos cerrados, y abordar claramente los Estados Unidos de Europa, en donde lo occidental, por lo que tiene de cultural y cristiano, se impusiera como aglutinante común, perdió su puesto predominante en el concierto de las naciones.

Mas si otros colosos han superado a los países europeos en técnica, producción y poderío, lo cierto es que no han sabido crear una cultura, ni saber dirigir la política internacional, pues sólo

en lo material cifran la vida, olvidando otros aspectos sustanciales humanos. La puesta en parangón de lo material entre los países, arrastra a fracasos políticos y a pérdida de autoridad. Europa sigue manteniendo como un tesoro lo cultural y cristiano; la preponderancia de estos valores no desdeñables, y ahora menos que nunca, pueden hacerla volver a sus fueros, si Europa logra la unidad, si no política al menos económica, que traerá, sin género de duda, a la postre, un mínimo de coexistencia política. La unidad económica abre el camino a la aplicación de un progreso técnico creado por Europa y empleado por extraños y, por tanto, a que los países que se integren logren un nivel de vida que por separado no podrán jamás pensar en alcanzar.

El G. A. T. T. hizo suyo el concepto de integración y admitió la creación de Uniones Aduaneras y Zonas de Libre Cambio, sin romper, no obstante, el principio de no discriminación y el trato de nación más favorecida. El conato de integración, pues no pasó de una mera coordinación lo que supuso la O. E. C. E., salvó a Europa de la ruina, del caos y de la desesperación, y permitió elevar rápidamente los niveles productivos a los prebélicos. La realidad de una coordinación general abrió la esperanza a una coordinación más específica, tal como se ha plasmado en la C. E. E. y en la Zona de Libre Cambio. La realidad de la cooperación económica franco-germana, permite, a su vez, pensar en la cooperación política de más amplios vuelos. La tercera fuerza, patrocinada por De Gaulle, puede ser realidad, de cuajar la cooperación deseada en Europa. De Gaulle ha comprendido, que sin una armonización mínima política, los principios de la C. E. E. caerán por su base. La C. E. E. supone una renuncia a los derechos soberanos—tal como éstos se entienden a tenor de la interpretación que hemos calificado de localista—en ciertos campos eco-